sia, continuó, a pesar de la debilitación de sus fuerzas, invocando a los Santos de su especial devoción, especialmente a San Dionisio y a Santa Genoveva.

A fin de imitar al Rey de los Reyes, muerto en la cruz, se hizo poner en una camilla cubierta de ceniza, donde con los brazos cruzados sobre el pecho, fijó los ojos en el cielo y ocupándose más de los otros que de sí mismo, repetía continuamente estas palabras: *«Señor, santificad y guardad a vuestro pueblo»*.

«Miraba dulcemente a los circundantes, dice el Obispo de Túnez, testigo ocular, y hacía muchas veces la señal de la cruz. Entre la hora de tercia y el mediodía pareció que se dormía durante media hora larga.

»Habiéndose asegurado en este misterioso recogimiento de que todo estaba dispuesto para su partida, abrió el santo rey los ojos, y, mirando al cielo, dijo: ''*Voy a entrar en la casa del Señor*''; y desde entonces ya no habló más palabra. Como a la hora de nona, espiró el lunes 25 de agosto y año del Señor 1270. Quedó tan hermoso y de buen color como en los días de su completa salud, y a muchos pareció como que sonreía»[1].

1. *Hist. Univ. de l'Eglise,* tomo XVIII.

Ya lo ves: nada de turbación, nada de terror; todo sucede con la calma, la confianza y serenidad con que se harían los preparativos de un viaje ordinario. Esto nada tiene de sorprendente: el cristiano sabe lo que es, de dónde viene y a dónde va.

Pasemos rápidamente la Edad Media, durante la cual encontraríamos en todos los rangos de la sociedad millares de muertes semejantes a la de San Luis. Vamos al principio del siglo XVII. Entremos en el Noviciado de los jesuitas de Roma, y penetremos hasta la enfermería. Allí yace en pobre lecho un joven de veintidós años, atacado de mortal enfermedad. Nació en los Países Bajos, que dejó para seguir a Jesús, y se llama Berchmans.

En el momento en que nosotros entramos, llega el Padre Rector, que le dice bondadosamente: «Hermano, si fuera voluntad de nuestro Señor llamarle a sí, ¿tiene alguna cosa que le dé pena?» «Nada absolutamente, respondió con humilde confianza el amable joven. Se trata de un Dios demasiado bueno para que yo tema su presencia; me someto a todo lo que sea su voluntad: si es de su agrado el que yo muera, dispuesto estoy, y ese es mi mayor deseo; si yo lo hubiera de decidir, no diferiría el morir ni por un momento.»

A cada instante el santo enfermo repetía la expresión de los mismos sentimientos. El religioso que le asistía, viéndole debilitarse más y más, le declaró que estaba próximo su fin. Al oír esta noticia, Berchmans se llenó de gozo, y, abrazando al enfermero, exclamó: «¡Oh, la gran noticia! Es la más dulce y consoladora que he recibido en toda mi vida.»

Llorando el hermano en vista de la alegría del moribundo, «¿Por qué llora? le dijo Berchmans. ¡Me ama y llora de mi felicidad!». Luego, tomando el Crucifijo, con el acento de la más tierna devoción y viva confianza decía: «Bien sabéis, Señor y Dios mío, que nunca he amado nada, ni deseado nada, ni poseído nada en el mundo más que a Vos solo. Por vuestra misericordia, tampoco hoy amo ni deseo sino a Vos.»

Como se viera que adelantaba rápidamente hacia el término de su peregrinación, el enfermero le tomó el pulso, y le dijo: «Nos vamos, hermano Berchmans, nos vamos». Al oír esta noticia, el santo enfermo toma su Crucifijo, que entrelaza con el rosario y el libro de las reglas, diciendo: «Esto es lo que más he amado yo en el mundo, y con lo cual muero gustoso».

Entretanto los médicos consultaban sobre emplear nuevos remedios. «Demasiado se mo-

lestan Vds. por mí, les dijo con su gracia ordinaria; el Señor me llama». «¿A dónde?» le replicó uno de ellos. «Al cielo, señor, al cielo».

En efecto, se comenzó a recitar la recomendación del alma, y al llegar a estas palabras: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdonadle*, hizo suspender la recitación, y con inefable ternura repitió treinta veces: *Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, perdonadme.* En esta invocación, con rostro apacible y la sonrisa en los labios, añadiendo los santos nombres de Jesús y de María, se durmió dulcemente con el sueño de los justos el 13 de agosto de 1621.

Dado que todo ser repugna esencialmente su destrucción, tú convendrás, querido amigo, y contigo todo el mundo, que el joven viajero, al tomar el viaje a que acabamos de asistir, no consideraba la muerte como muerte, ni esta vida como vida. Igual manera de estimar la una y la otra se encuentra en todos los verdaderos cristianos. He aquí otro ejemplo, que recojo con preferencia a otros, porque pone de manifiesto que en los penitentes sinceros el recuerdo de sus pecados o disminuye en la última hora, ni el deseo de la verdadera vida ni la confianza de obtenerla.

Alfonso Francisco, duque de Módena, ma-

de un niño a una palabra y a la menor señal, no sólo del superior, sino del último de sus hermanos en religión. Este Alfonso, servido poco ha por tantos dignatarios, se honra de barrer el convento, de fregar los platos y de prestar a los enfermos los servicios a que más se resiste la naturaleza. Exacto en acusarse públicamente cada día de sus menores faltas, y no menos en cumplir con alegría las penitencias que le imponían, jamás se le escapó una sola palabra que pudiera recordar su antigua dignidad.

Ordenado de presbítero, fue destinado a la predicación por el general de su Orden. Su talento, su celo, y más aún su ejemplo, hicieron prodigios; pero sus fuerzas sucumbieron bien pronto a las fatigas del apostolado. Le cogió una calentura que en pocos días llegó a tomar caracteres alarmantes.

Hizo confesión general, y preguntó qué día se celebraba la fiesta de San Félix. Se lo dijeron, y exclamó: «Loado sea Dios, y bendito su santo nombre: ese día acabarán mis penas, y dormiré y descansaré en el Señor». Hasta entonces los médicos habían conservado alguna esperanza; pero la disipó su crisis inesperada.

Enterado de su estado, el admirable moribundo suplicó al Padre guardián que reuniera y le presentara la comunidad; y recogiendo las po-

nifestó desde luego cualidades brillantes de príncipe completo; durante los primeros años de su reinado fue el ídolo de su pueblo. Desgraciadamente cortesanos pérfidos, celosos de ser los primeros en recibir mercedes, le persuadieron que debía reinar por el temor más que por la bondad. El joven príncipe cayó en la red, y se tornó cruel. Su tiranía le enajenó pronto las afecciones de su pueblo, e hizo caer en la desesperación a gran número de familias. Los consejos de su virtuosa esposa le hacían volver en sí y se avergonzaba de sus abusos; pero pronto el vicio volvía a dominarle.

En estas alternativas de enmiendas y recaídas, murió su buena esposa en la flor de la edad. Los amargos pesares que le ocasionó esta muerte prematura le inspiraron tan serias reflexiones, que ya no pensó más que en adoptar una vida de retiro y penitencia. Arreglados los negocios del Estado, se retiró al convento de los franciscanos de Miran, pequeña ciudad del Tirol, donde hizo sus votos con el nombre de Fr. Juan Bautista. Puede decirse que con este nombre recibió en su plenitud el espíritu de San Francisco.

¡Espectáculo digno de los ángeles! Este Alfonso, príncipe soberano poco ha, y que mandaba con tal fiereza, se somete con la sencillez

cas fuerzas que le quedaban, dijo a sus hermanos: «Les he hecho llamar para hacerles saber la buena noticia que me acaban de dar. Me han anunciado, y yo ya lo sabía, que me voy a morir, y espero entrar muy pronto en la casa de mi Señor para gozar eternamente del último efecto de sus misericordias. El gozo que esto me causa no me cabe en el corazón, y me siento tan obligado a la bondad de Dios, que les ruego me ayuden a darle gracias. Recemos el cántico de la Santísima Virgen.»

Comenzó con celestial fervor el *Magnificat*, que la comunidad continuó, y luego el cántico de Zacarías. Tomando otra vez la palabra el santo moribundo, exhortó a sus hermanos a la perseverancia, y luego añadió: «Me muero, y muero contento. Si algo me pesa, es el no haber conocido antes, y abrazado más presto, este santo género de vida, que despoja a los poseedores de los bienes de la tierra para enriquecerles de virtudes. ¡Oh, qué rica es esta pobreza, que merece el reino de los cielos y la posesión del mismo Dios! Ella es todo mi tesoro, y declaro que nunca he creído que las cosas de que usaba fueran mías. Por eso yo le suplico, Padre guardián, que me quite este hábito que llevo. Concédame, por caridad, el hábito más malo que haya en el convento para cubrir este cuerpo miserable.»

Cediendo el Padre guardián a sus instancias, el antiguo duque besó el hábito de deshecho que le trajeron; y como quisieran descoserlo para ponérselo sin molestarle, no lo consintió, diciendo que no había que tener contemplaciones con su cuerpo; y se quitó el otro hábito, repitiendo las palabras de Job:

«Desnudo salí del seno de mi madre, y desnudo volveré: justo es que imite a nuestro padre San Francisco y a Jesucristo, nuestro soberano Señor».

Recibió los últimos Sacramentos con tal devoción y alegría, que llenó de admiración y edificó a los circundantes. Después de haber pedido perdón a todos sus hermanos, hizo que le acercaran al príncipe Filiberto, su hijo, que había acudido al saber la enfermedad de su padre. Éste le bendijo con una ternura que probó que la gracia no destruye a la naturaleza, sino que la perfecciona, y le encargó que llevara su bendición a los otros hijos.

El feliz viajero,, hechos todos los preparativos para dejar este valle de lágrimas, volvió todo su pensamiento a la patria en que iba a entrar. Con los ojos fijos en la que es dulce Reina de la gloria, la dijo: «María, Madre de gracia, Madre de misericordia, protegedme contra el enemigo y acogedme en esta hora de mi muerte».

Al concluir esta invocación, se durmió dulcemente para despertar en la bienaventuranza eterna. Fue en el convento de Castel-Novo el 24 de mayo de 1664[1].

¿Qué dices de esto, querido amigo? ¿Es eso morir en el sentido desolador que el mundo da a esta palabra? Semejante muerte, ¿no se ve llena de vida, y vida mortal? ¿No tengo razón para decirte que para el cristiano la muerte no es más que una apariencia de muerte y el paso a la verdadera vida? ¡Quiera Dios que lo sea la nuestra!

Tu afectísimo...

1. *Vidas de los justos*, etc., por el abate Caron.

CARTA DÉCIMASEXTA

SUMARIO: La muerte gozosa: nuevos ejemplos. — Suárez. — Baronio. — Sor María de Venecia. — Sor Antonina de San Jacinto. — Fulvia Segardi. — José Scamacca. — Angélica Fabre. — Felicitas de Netumieres. — El hermano Moisés. — Amado Bailly. — Mr. Jacquinot.

QUERIDO AMIGO:

Es tan dulce el cuadro que en mi última carta te puse a la vista, que quiero hacértelo contemplar más todavía: accedo gustoso a tus deseos, que no pueden ser más razonables. Como cristianos que somos, nos conviene muy mucho ver cómo los que de veras los son dejan esta vida. Su conducta de ese momento supremo nos alienta y nos consuela: dos beneficios que nada puede proporcionarnos en igual grado.

Antes de salir de Italia, pasemos a Roma. ¿Ves en su lecho de muerte a uno de los más insignes teólogos de la Iglesia? Se llama Suárez.

Escucha sus últimas palabras: «¡O Dios mío! ¡Yo no sabía que tan dulce fuera el morir!» Contempla también no lejos de allí, al Cardenal Baronio. Se le acaba de hacer la recomendación del alma. «¡Ea, exclama, llegó la hora de la alegría y el regocijo: me muero!».

Citaré también a sor María de Venecia, que viendo llegar la muerte. gritó en un transporte de alegría: «¡Al cielo, al cielo!».

Su digna compañera en religión, sor Antonina de San Jacinto, del Orden de Santo Domingo, en el trance mismo de la muerte, muestra alegría extraordinaria; le preguntan por qué está tan contenta, y responde: «¡Me llama Dios de mi larga prisión a su palacio eterno, y me preguntáis la causa de mi alegría!».

Iguales ejemplos encontramos en el mundo. La piadosa dama Fulvia Segardi, llegado el momento de verse libre de la muerte viviente que se llama vida de acá abajo, hizo venir una música para celebrar con dulces acordes su nacimiento a la vida verdadera.

Un religioso de la Compañía de Jesús, por nombre José Scamacca, no cesaba de repetir en los últimos días de su enfermedad: «Me alegro, me alegro». *Laetatus sum, laetatus sum.* Habiéndole uno preguntado si moría con la firme esperanza de salvarse, respondió con viveza: «¿He

servido yo a Mahoma, para que dude ahora de la bondad de mi Señor?».

Busquemos ahora algunos ejemplos más próximos a nosotros en tiempo y lugar. Hénos en esta Bretaña, donde se conserva firme la fe cual herencia de familia. Era pocos años antes de la revolución, en 1777. Una tierna virgen, Julia Ana Angélica Fabre, moría en la ciudad de Vannes, que llenaba del esplendor de sus virtudes. El aumento de sus padecimientos no servía sino para ponerla más contenta y amable. Con el Crucifijo siempre en la mano, besaba cada instante la imagen de su Amado, quejándose dulcemente de Él, como la esposa de los *Cantares*, de que con su tardanza la dejaba languidecer.

Cuando la preguntaban cómo estaba: «Muy bien», respondía; porque su único deseo era padecer. Si se la tenía lástima, parecía que se afligía. Desde que había amado a Dios, es decir, desde su infancia, Julia no había cesado de suspirar por el fin de su destierro, como la generalidad de los hombres suelen suspirar por una larga vida.

Pero en su última enfermedad, el deseo de verse unida para siempre a Dios era inefable. Contaba en cierto modo los días y las horas que la iban aproximando al término feliz de sus es-

peranzas. «Padre, decía a su confesor, Dios ha dilatado todavía el oír mis votos. Ayer creí reunirme con Él; no me quiere todavía; tengamos paciencia; mas para el día de Navidad, ¡oh! a lo menos para ese día ya estaré allá.»

Su predicción se cumplió. La víspera de Navidad, a las seis de la tarde, se le abrió la puerta del cielo, casi al mismo tiempo que la gruta de Belén recibía bajo su tosco techo al que había bajado del cielo para buscar a los hijos de Dios, dispersados a los cuatro vientos.

Dejando la Bretaña, detengámonos a la puerta de un pobre monasterio, próximo a la capital de esta provincia, y contemplaremos la muerte de otra virgen cristiana: Felícitas de Netumieres.

Si queremos conocer las disposiciones en que la santa viajera abandona la tierra de su destierro, leamos la carta que en su lecho de dolor escribió a su sobrina, la condesa de San Pern: «¡Qué contenta muero, querida amiga! Quisiera yo hacer probar a todo el mundo lo que yo experimento ahora. No habría un solo hombre que no quisiera darse a Dios, si supieran cuán dulce es amarle, cuán ventajoso servirle, cuán delicioso el morir con la esperanza fundada de reunirse a Él. Por lo menos a ti puedo yo decírtelo: sí, te lo repito al corazón, y lo digo igualmente a cuantos haya cerca de ti. ¡Qué fe-

liz sería yo si lograra ganarles a todos para mi Dios! Adiós, mi buena amiga; ora por mí cuando me muera, a fin de que, unida más pronto a Dios, pueda pedirle tu bienaventuranza.»

No tardaron en ser oídos sus votos. La enfermedad hizo rápidos progresos, y la dulce Felícitas vio con la paz del justo, con la impaciencia de la novia y el ansia de la paloma, llegar el gran día del fin de su vida. Recibido el sagrado Viático, preguntó si creían que se moriría aquella noche. Respondiéronle que todavía se sostenía el pulso, lo cual le hizo lanzar un suspiro. «Hermana, la dijeron entonces sus compañeras, ¿desea solemnizar mañana con los ángeles la fiesta de su Reina?». «Eso querría yo, respondió con presteza; pero soy muy indigna de ello».

Su divino Esposo era de otra opinión: Felícitas se durmió en los brazos del Señor el día 1.º de agosto de 1788, víspera de Nuestra Señora de los Ángeles.

Acaso creerás, querido amigo, que eso de morir llenos de confianza y alegría es privilegio exclusivo de las almas cuyo traje bautismal no se ha manchado con ningún pecado grave. Éste sería un error, que debes corregir tú y cuantos lo tengan. A todos os desengaña por completo el primer Santo que entró en el cielo, el

buen ladrón. Millares de veces se han repetido casos semejantes en cada uno de los dieciocho siglos que nos han precedido.

En el camino que nos lleva de Bretaña al Este de Francia, hay un monasterio de la Trapa. Entremos en esta casa de Dios. La caridad nos dará, no sólo el pan del cuerpo, sino además el ejemplo de una muerte hermosa, delicioso alimento del alma.

El hermano Moisés ha llegado a su última hora. ¿Quién es el hermano Moisés? En el mundo era el Sr. De Ligré, gran preboste de la Turena, enlazado con las más nobles familias de Francia. ¿Nada más? Sí: era el más audaz bandido de su tiempo. Esclavo, pero esclavo rabioso de las tres concupiscencias, era la afrenta de su familia y el terror del país.

Obligado a huir a América para escapar del merecido castigo de la justicia, llegó a Nantes para embarcarse. Al entrar a bordo, supo la muerte de su madre. Consternado con esta noticia, dejó ir la nave, se volvió a Tours, y se abandonó a la dirección de un amigo virtuoso, resuelto a hacer todas las reparaciones y penitencias que se juzgaran necesarias.

«La Trapa te llama, le dijo su amigo; allí, olvidado del mundo y devuelto a ti mismo, encontrarás el camino que conduce a la vida». Sin

vacilar acepta el consejo, renuncia a todos sus desórdenes, repara en lo posible los escándalos que ha dado, y provisto de una carta de recomendación para el reverendo Padre abad de la Trapa, se presenta en el monasterio donde le vamos a ver.

Ha sido admitido a hacer ejercicios espirituales por la caridad habitual de aquéllos buenos religiosos. El fervor con que cumplió todos sus deberes fue tan grande, que pronto se le reputó digno de tomar el santo hábito. Tanto como había amado a su cuerpo de la manera desordenada que el mundo inspira, otro tanto lo aborrecía ahora con el odio santo que nuestro Señor recomienda a sus discípulos. Cuando por obedecer a los superiores tenía que concederse algún alivio como remedio de su desfallecimiento, obedecía desde luego; pero avergonzado de templar la mortificación, insultaba a su cuerpo, diciéndole con las maneras duras y bruscas de sus antiguos tiempos: «Espera, espera unos días: yo te haré pagar los réditos; caro te ha de costar».

Y cumplía la palabra. Tan luego como se lo permitían las fuerzas, volvía con nuevo ardor a todas sus austeridades. Habiendo llegado en poco tiempo a un alto grado de santidad, el Señor puso fin a las pruebas de este siervo fiel.

Ocho días antes de su muerte fue en busca del Padre abad, sin señal alguna de que se hubiera alterado su buena salud, y le dijo: «Reverendo Padre: conozco que Dios me llama, y que me queda muy poco tiempo de vida. — Si Dios le llama, espérelo todo de su misericorida; pero no se lisonjee de ir al cielo con tan corta penitencia como ha hecho, sin pasar por el purgatorio. — ¡Ay, Padre mío! ¿Estaría bien que un hombre como yo pretendiera tal cosa? Sería una injusticia, y Dios es justo. Al purgatorio, pues, hasta el día del Juicio, y más si es posible».

A los pocos días de esta conversación se le declaró una enfermedad mortal. El hermano Moisés toca a su última hora. Vamos a la enfermería con el reverendo Padre abad, y algunos otros religiosos: «Hermano, le dice, esta enfermedad pudiera ocurrir que sea la última. — ¡Qué dicha tan grande! exclamó en un transporte de alegría. ¡Qué gracia!». Pocos instantes después añadió: «Reverendo Padre, me voy al cielo»; y espiró[1].

Continuemos nuestro viaje hacia el Este de Francia: estamos en medio de los Vosgos. En un cuarto solitario, del cual hace algunos años

1. *Relación de la vida y muerte de algunos religiosos de la Trapa.*

que no ha salido, está sentado en una silla vieja un joven de veintitrés años, lleno de inteligencia, rico de instrucción, de paciencia, e invencible y constante afabilidad. ¿Qué hace? Sufrir encadenado allí por la enfermedad. Tiene cariados los huesos de las piernas y las costillas del corazón, que le ocasionan dolores horribles. Ha muerto ya cien veces antes de morirse, y piensa con placer en la hora postrera de su peregrinación. De esto habla con cierta especie de entusiasmo, considerándose aquí bajo como *un pobre cautivo cargado de cadenas,* según solía decir.

Penetrado del dulce y valiente pensamiento de que esta vida no es la vida, toma él mismo, sin asustarse, los pedazos de sus huesos cariados que el cirujano extrae de las llagas, y desmenuzándolos tranquilamente, «He aquí, dice sin conmoverse, las partículas de mi cuerpo, que toman la delantera; el resto irá detrás». Y añade sonriéndose: «Los grandes señores, cuando emprenden un viaje, tienen costumbre de enviar delante alguna parte de su equipaje, para llevar ellos menos impedimenta. Lo mismo hago yo: a lo grande.

»Los religiosos más austeros tienen en sus celdas y sobre la mesa calaveras y osamentas humanas, para contemplar lo que han de ser;

pero yo, con mis propios ojos, en mi propia carne, veo ya el principio de mi humillación.

»Antes de que me entierren puedo contemplar y palpar mi cadáver. *Mis huesos se han pulverizado por el ardor que me consume. Mi carne está cubierta de úlceras y podredumbre. Semejante soy a un harapo viejo, roído por viles insectos*[1]. Pero nada de esto me aflige. Veo los restos de mi cuerpo confundidos con el polvo hasta la consumación de los siglos, sin que se turbe la paz de mi corazón. *Alegrándose ha mi corazón, y mi carne descansará en la esperanza*»[2].

Esta fe viva que hace al hombre tan grande en presencia de la muerte, no le abandona un instante. Ve a sus piadosos padres llorar, y les dice: «No lloren Vds.: el Señor les pagará todo el bien que hacen conmigo. Yo no les olvidaré. El que ama de veras, ama siempre».

Cuando recibió los últimos Sacramentos, exclamó con expresión indecible de felicidad y confianza: «Gracias a Dios, ya no soy de este mundo. Sí, Dios mío, voy a contemplaros en la tierra de los vivientes».

1. Job., XXX, 13.
2. Salm., XVI.

Tales fueron sus últimas palabras. Así murió, sin agonía, el virtuoso Amado Baylli, a 19 de noviembre de 1781, de veinticuatro años de edad[1].

Llegamos al término de nuestro viaje. En pocas horas nos ponemos en el Franco-Condado, esta segunda Bretaña por la fe valiente de sus habitantes. No te hablaré, querido amigo, de esos diecinueve mártires de la Revolución, que, encerrados en el castillo de Malche, cantaban los himnos de la Iglesia mientras esperaban el momento de salir para el cadalso. El tío queridísimo, cuya inspirada palabra sostuvo el valor de sus compañeros, ora en el cielo por el sobrino que en este momento renueva con admiración su imperecedero recuerdo.

Estamos en Besanzon. En enero de 1798 fue preso en Echenoz, pequeña villa de la Alta Saona, que yo conozco muy bien, monsieur Jacquinoit, vicario de Melincourt. Culpable de ser fiel a la Religión, este joven sacerdote fue conducido a Besanzon como un malhechor, y el 27 del propio mes le condenaron a muerte.

Oigamos a uno de sus compañeros de cautiverio, y presbítero como él: «Mientras los jue-

1. *Estudiantes virtuosos*, por el Abate Caron

ces estaban deliberando, Mr. Jacquinot fue vuelto a su habitación: eran las once. Pasa el medio día y las doce y media sin que le notifiquen la sentencia. El conserje, que la acaba de saber, entra en nuestra sala, y dice: «Ese señor está condenado a muerte». Nosotros quedamos consternados.

»Decidimos que yo pasara al cuarto de nuestro futuro mártir. Al verme entrar, sus tres compañeros adivinaron fácilmente la noticia que yo llevaba. Me acerqué a Mr. Jacquinot, y le dije: —¿Ha comido Vd. ya? — Él me respondió: He tomado un bocado, pues no tengo tiempo más que para prepararme. — ¿Sabe usted el resultado de su juicio? — Lo supongo. Entonces me arrojé a su cuello: él lo había comprendido todo.

»La idea de que iba a morir dentro de tres horas no le causó alteración alguna. Se puso tranquilamente a escribir algunas cartas, y nos preguntó si le permitiríamos rezar vísperas con nosotros. Ya se comprende nuestra respuesta: se trataba de la dicha de orar con un mártir. Rezó las vísperas sin que se le conociera nada en la voz; lo mismo que si estuviera en el coro de su iglesia.

»En seguida nos rogó que dijéramos con él la recomendación del alma. Le dimos gusto, y tampoco al recitar estas preces tan conmovedo-

ras observamos en él decaimiento ni miedo. Al contrario, cuanto más se acercaba el momento de su sacrificio, más brillaban en su semblante una serenidad y una alegría verdaderamente divinas.

»¡Ah, señores, nos dijo, qué dicha la mía morir por mi Dios! Puedo asegurarles que yo no deseaba que fuera otra la sentencia; y ahora que me han condenado, estoy infinitamente contento. No sé si será presunción mía, mas siento dentro de mí un gozo inexplicable. Toda mi vida he tenido mucho miedo a la muerte, y ahora la veo venir con júbilo.

»Salió de su cuarto, y pasó a despedirse de los prisioneros que ocupaban los inmediatos. Todos le bañaron con sus lágrimas. Después de haberles hecho sentir lo que vale la fe, añadió: —Puedo aseguraros, queridos amigos, que voy a la muerte con más gozo que hubiera ido en mi juventud a un festín o a la más grata diversión.

»En efecto, llegados los gendarmes, marchó con paso firme al lugar del suplicio, y recibió el golpe mortal con la sublime calma que recuerda a la víctima augusta del Calvario»[1].

1. *Noticia de los sacerdotes de la diócesis de Besanzon condenados a muerte,* etc.

Ya ves, querido amigo, que si la raza de los perseguidores dura siempre, la generación de los mártires no se ha concluido. Sobre el cadalso revolucionario, como en la arena del anfiteatro, mediando un intervalo de quince siglos, brilla el mismo valor, igual serenidad y certidumbre de que esta vida no es la vida, y de que, por lo mismo, esta muerte no es la muerte.

Guarda este buen pensamiento. En la siguiente responderé a tus nuevas preguntas.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMASEPTIMA

SUMARIO: Tercer objeto de nuestra correspondencia: *ilustrar*. — Naturaleza íntima de la vida de acá abajo. — Es una prueba. — ¿Por qué? — Parábola del Evangelio que revela la naturaleza de la presente vida. — Destino de esta vida: encaminar a la vida verdadera. — Naturaleza de la muerte. — Rasgo de San Carlos. — El cristiano que muere. — Comparación. — Historia. — Cántico del destierro.

QUERIDO AMIGO:

Leo en tu carta: «Las dos últimas de usted han rectificado mis ideas sobre la vida y la muerte; puedo asegurarle que mi amor a la vida y mi temor a la muerte, de hoy en más no serán para mí un tormento. Mas dado que esta vida no es la vida, ni esta muerte es la muerte, ¿qué es, pues, la vida? ¿Qué es, pues, la muerte? Necesito que me responda a estas dos preguntas, pero que la respuesta sea neta y fija, para que yo quede bien orientado.»

Voy a dártela. Y lo hago con tanto más gusto, como que estas preguntas me conducen naturalmente a desarrollar el tercer objeto de nuestra correspondencia, que es *ilustrar*. Sí, ilustrar a los que andan equivocados sobre la naturaleza íntima y el verdadero destino de la presente vida. ¡Ay! Su número es muy grande.

¿Qué es, pues, la vida temporal en su naturaleza íntima y en su destino? En su naturaleza, la vida es una prueba; en su destino, es camino para la vida verdadera.

¿Qué quiere decir *una prueba*? Una prueba es un acto, o una serie de actos, por los cuales se ve si una cosa tiene o no tiene las cualidades propias para el fin a que se la destina. Bien sabes que los seres creados no todos consiguen su fin por una misma ley. Los unos van a él necesariamente; los otros deben encaminarse por su libre voluntad: y a éstos pertenecen el ángel y el hombre. ¿Qué es, pues, para el hombre la prueba de la vida? Escucha lo que dice el Evangelio:

«Un hombre, al partirse lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. Y dio al uno cinco talentos, y al otro dos, y al otro dio uno, a cada uno según su capacidad,y se partió luego.

»El que había recibido los cinco talentos se fue a negociar con ellos, y ganó otros cinco.

Asimismo, el que había recibido dos, ganó otros dos. Mas el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió allí el dinero de su señor.

»Después de largo tiempo vino el señor de aquellos siervos, y les llamó a cuentas; y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste; he aquí otros cinco: que he ganado de más. Su señor le dijo: Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho: entra en el gozo de tu señor.

»Y se llegó también el que había recibido los dos talentos, y dijo: Señor, dos talentos me entregaste; aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: Bien está, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel sobre lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor.

»Y llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre de recia condición; siegas en donde no sembraste, y allegas en donde no esparciste. Y temiendo, me fui, y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo que es tuyo. Y respondiendo el señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que siego en donde no siembro y que allego en donde no he esparcido. Pues debiste haber dado mi

dinero a los banqueros, y viniendo yo habría recibido ciertamente con intereses lo que era mío. Y a este siervo inútil echadle en las tinieblas exteriores: allí será el llorar y el crujir de dientes»[1].

Sigue a continuación el anuncio del Juicio final, en el cual Dios hará con todos los hombres lo que el hombre de la parábola hizo con sus servidores. Así, pues, talentos recibidos, es a saber, una alma con sus facultades, un cuerpo con sus sentidos, gracias y criaturas de todo género, puestas a disposición del hombre, que tiene obligación de ordenar todas estas cosas, y aún a sí mismo, a la consecución de su último fin; la cuenta que ha de dar de su administración; el premio o castigo que ha de recibir según sus obras: tal es la vida presente en su naturaleza íntima.

Observemos de paso, querido amigo, que todo lo de acá se pone a prueba; testimonio cierto de que nada es acabado. A todo lo que rodea al hombre, a todo lo que puede alcanzar, lo hace pasar por la misma condición que Dios le impone al mismo. Prueba el oro, la plata, las piedras preciosas, las telas, el caballo, el buey, la nave, los puentes, las armas de guerra. Después,

1. Math. XXV, 14-30

igual que lo hace Dios, acepta o rechaza lo que resiste la prueba, o sucumbe en ella.

El destino de esta vida es servir de camino para la otra. Ya lo hemos probado: la verdadera vida es para el espíritu la plena posesión de la verdad; para el corazón, la plena posesión del amor; para el hombre, la plena posesión del goce; sin mezcla de dolor y sin fin. El hombre ha sido criado para poseer esa vida completa, pues viene de Dios, va a Dios y es imagen viva de Dios, que es la vida por esencia y en toda su perfección. Esta vida, siendo una recompensa, debe ser merecida. Tal fue siempre, aún en el estado de la inocencia, la condición del hombre sobre la tierra. Esta condición, que entonces era fácil de cumplir, hoy es penosa, sin que por eso deje de ser posible.

El hombre, en la persona de Adán, cometió una falta, cuyo recuerdo se conserva indeleble en la memoria de todos los pueblos; y los dos hombres que luchan dentro de cada uno de nosotros, son la perenne y triste prueba de aquella falta primera. La culpa trajo consigo la caída. Rebelándose contra el Dios-verdad, perdió el hombre la verdad; rebelándose contra el Dios-amor, perdió el amor; rebelándose contra el Dios-vida, perdió la vida y halló la muerte.

Esta triple caída podía ser irreparable; mas

Dios no lo quiso así. Padre como es, tuvo piedad de su hijo, y para que pudiera recobrar los bienes perdidos, le dejó la vida del tiempo. El hombre actual es, pues, un rey destronado. Su espíritu cayó del trono de la verdad; su corazón cayó del trono del amor, y su cuerpo del trono de la inmortalidad. En vez de estos tres tronos, tuvo la triple esclavitud de la ignorancia, la concupiscencia y la muerte.

Durante, pues, su paso por el mundo, el hombre caído tiene que romper las cadenas de su esclavitud para conquistar la verdad, el amor y la inmortalidad; en una palabra, para conquistar la vida. ¡Conquistar la vida! ¡Lucidos estamos!

De aquí, mi querido Federico, esta respuesta tan sencilla y a la vez tan sublime del más útil de todos los libros; respuesta que debiera estar grabada por todas partes en letras de oro, respuesta que jamás se admirará ni se profundizará bastante: «¿Para qué fin fue criado el hombre? Para conocer, amar y servir a Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra.» Ni más, ni menos: he ahí toda la vida de acá abajo.

De estas nociones elementales, ininteligibles hoy para las menguadas inteligencias de los soberbios, y que el niño, por su natural amor a la verdad, se las bebe como la leche de su madre,

las comprende sin esfuerzo y retiene sin trabajo, resulta con toda evidencia que esta vida es camino para la vida verdadera.

Y para que llegue a su término, ¿qué tal debe de ser la vida? El divino Reparador de nuestra caída ha dado la respuesta: *Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos.*

¿Qué mandamientos? No los del mundo ni del demonio; no los de las tres concupiscencias, soberbia, avaricia y lujuria; sino los mandamientos de Dios. Ya ves que la verdadera vida no se nos ofrece muy cara. Los mandamientos de la ley de Dios no son difíciles; se reducen a una sola palabra: amar. Amar a Dios, amarle a él y en sus obras. Amar al prójimo, imagen de Dios; amarle en su alma y en su cuerpo, como nos amamos a nosotros mismos: eso es todo.

La primera condición para guardar los mandamientos es hacer todo lo contrario de lo que hoy hace la inmensa mayoría de los hombres; *es tomar la vida en serio*: lo cual, en junto, no es sino conocerla en su naturaleza íntima y en su fin, y hacer de ella el uso que ha querido el que nos la dio y nos ha de pedir cuenta de ella.

Para obtener este resultado, yo no conozco nada mejor que los tres pensamientos siguientes, que te suplico, mi querido amigo, hagas que sean objeto habitual de tus meditaciones:

Vengo de la eternidad;
Voy a la eternidad;
Yo escojo mi eternidad.

No menos evidentemente resulta de lo hasta aquí expuesto, que la muerte no es lo que se cree. En vez de ser una potencia enemiga, es la bienhechora de la humanidad; es el fin de esta vida de muerte, y el comienzo de la vida viviente. Decir que es otra cosa, es calumniarla.

Tú no habrás olvidado este hecho de la vida de San Carlos. Los pintores del Renacimiento, copistas demasiado serviles de los antiguos paganos, representaban la muerte bajo la imagen de un horrible esqueleto, armado de su guadaña, para segar con ella sin piedad las generaciones humanas, como se siega la yerba de los campos, sin dejar nada de ella. Semejantes cuadros desterraban la noción cristiana de la muerte. El gran Cardenal hizo suprimir la guadaña, y la reemplazó por una llave de oro.

¿Qué es, pues, me preguntas, el cristiano que muere, y muere como cristiano?

¿Ves a ese rey caído, que, en medio de las aclamaciones de sus pueblos, sube otra vez a su trono para no caer más? Eso es el cristiano que muere.

¿Ves a ese pobre anciano, estropeado, sufriendo, cubierto de harapos, con su morral a la

espalda, su palo en la mano, mendigando el pan de puerta en puerta, continuamente despedido, y siempre condenado a las más duras privaciones? ¿Le ves de repente nadando en la abundancia, magníficamente vestido, con casa magnífica y delicada mesa? Eso es el cristiano que muere.

Fíjate en ese infeliz prisionero, que sólo el verlo mueve a compasión. Hace sendos años que, encerrado en negro calabozo y cargado de cadenas no tiene otro alimento que un pedazo de pan malo, bañado en sus lágrimas, ni otra bebida que agua fétida, ni otra compañía que los insectos, la soledad, las tinieblas y los crueles cuidados. De pronto caen sus cadenas y se abren delante de él las puertas de su prisión. Se acabaron los temores, se acabaron las congojas, se acabaron los sufrimientos: ha quedado libre, y libre para siempre. Eso es el cristiano que muere.

Conoces la vida del viajero intrépido, amante apasionado de la ciencia. Después de haberse preparado con largos estudios y penosas vigilias, parte para explorar sucesivamente, con detrimento de su salud, y aún con peligro de su vida, las abrasadas regiones del África Central y las heladas montañas de las Américas, a fin de sorprender a la naturaleza algunos de sus secretos, o de encontrar la solución de algunos

problemas y hacer progresar la ciencia algunos pasos, descubriendo alguna particulilla de verdad. Cuando menos lo esperaba, la verdad misma se le aparece toda entera iluminándole con sus rayos, dándole la solución de todos los problemas, y no dejándole oscuridad alguna o incertidumbre sobre el pasado, ni el presente, ni el porvenir, ni el mundo moral, ni el físico. ¿Calcule el que pueda los transportes de gozo de tal hombre. ¿Quién es ese viajero? Es el cristiano que muere.

Estamos en el puerto de Marsella, donde entra a velas desplegadas un hermoso navío. Todo el mundo se fija en él y pregunta por su nombre. Brilla la alegría en todos los semblantes: es un hijo de Marsella, capitán de largos viajes, que habiendo recorrido vastos mares y visitado inhospitalarias playas, y sufrido veinte tormentas, y agotado sus fuerzas luchando contra el furor de las olas y defendiéndose de los piratas, llega sano y salvo a pisar la playa de su patria con su buque cargado de preciosas mercancías. ¿Quién es ese viajero? Es el cristiano que muere.

Volvemos a París y entras conmigo en cualquier hospital. Estás viendo a derecha e izquierda de sus vastas salas esas largas filas de camas, en que yacen pobres enfermos de todas las

edades, devorados por la fiebre, privados del sueño, estropeados, contrahechos, que apenas pueden hacer ningún movimiento sin sufrir dolores intolerables, sometidos a operaciones crueles, y sin seguridad de curar. ¿Puedes calcular la dicha de uno de estos enfermos que llegan a recobrar la salud completa de repente con la certidumbre de no perderla más? ¿Quién es ese enfermo? El cristiano que muere.

Así comprendía la muerte aquel leproso heroicamente cristiano, cuya historia te voy a contar. Yendo de caza un gran señor, se empeñó en perseguir una cabra montesa, y se apartó mucho de su gente. En medio del bosque oyó una voz humana, que cantaba con agradabilísima melodía. Sorprendido de oír tan dulce canto en tan solitario lugar, quiso saber qué era aquello. Encaminó su caballo hacia donde venía la voz, y se encontró delante de un leproso, tan desfigurado en todas las partes de su cuerpo, que las carnes se le caían a pedazos.

Quedó espantado al verle; mas triunfó de sí mismo, se acerca al leproso, le saluda afablemente y le pregunta: ¿Es Vd. el que cantaba? — Sí, señor. — ¿Y de dónde saca Vd. tan hermosa voz? — Es mi voz natural. — ¿Pero cómo puede Vd. cantar, hallándose en el estado tan lastimoso en que le veo? — Entre Dios y yo,

respondió el leproso, no hay otra separación que este muro de barro, que se llama mi cuerpo. Cuando se haya hundido, nada me impedirá ir a gozar de la eterna bienaventuranza en el seno de mi Dios. Y como todos los días veo caer pedazos de este muro, la alegría que me da el ver cómo se viene abajo, me hace cantar; espero con ansia el momento en que se hunda del todo; momento bendito, en que mi alma, separada de mi cuerpo, irá a saciar su sed en la fuente misma de la felicidad inmortal.[1].

¿Qué más diré? El cristiano que muere es el escolar que se va de vacaciones. A la edad que tienes, sientes tú más vivamente que yo lo que se goza al salir de la prisión, que se llama colegio, para no oír el ruido importuno de la campana que te saca de la cama con sueño, y pone fin de repente a los ratos de recreo, llamándote a estudios áridos bajo la vigilancia de un maestro severo; lo que se goza cuando se vuelve a ver el país natal, y se abraza a los padres queridos, y se dispone por unos meses de la llave del campo. ¡Oh, si eso durara siempre! Pues bien, para el cristiano que muere las vacaciones no tienen fin.

1. Flor. de Henriq., *Grand.*, lib. Iv, cap. LXVIII.

¿Qué es, finalmente, el cristiano que muere? Es un desterrado que vuelve a su patria. Frecuentemente habrás visto, lo mismo que yo, estos años pasados, en las calles de París, a un joven, cuya tristeza, grabada en su bello semblante, excitaba la compasión: era un desterrado. Hijo de noble casa, y criado en medio de la opulencia, se había visto despojado de todo, y precisado a buscar en extranjera tierra donde reclinar su cabeza. No obstante la seguridad que aquí tenia, la hospitalidad leal de que disfrutaba distaba mucho de hacerle olvidar su patria. Obligado a vivir de limosna, o del trabajo de sus manos, sin poder soportar faenas duras, conocía muy imperfectamente la lengua del país, y no encontraba pensamientos que correspondieran a sus pensamientos, ni boca que le hablara amorosamente de su país natal, de su padre, de su madre; de sus hermanos y hermanas; estaba, en fin, como una alma en pena.

Pues bien; llegó un día en que supo que su destierro había concluido. Parte inmediatamente, y el vapor no lo transporta con tanta rapidez como él desea al lugar que le vio nacer, y de donde le espera con caudal cuantioso una familia tiernamente amada e impaciente de abrazarle. El júbilo de su regreso no lo puede explicar mi pluma; sólo el corazón puede columbrarlo.

¿Quién es ese desterrado? Es el cristiano que muere.

Desterrados como somos también nosotros, escuchemos el canto del desterrado del cielo. Salido del inspirado corazón de uno de nuestros Padres más antiguos, este largo suspiro, al cruzar los siglos, no ha perdido nada de su misteriosa majestad. Es siempre antigua y siempre nueva la causa que lo produce.

«El mundo para mí no vale nada. Yo no soy acá bajo sino un extranjero, huésped de un día. Con ansia llamo al día que me devuelva a mi patria, me saque de este destierro, rompa las cadenas del tiempo y me coloque en el reino de los celestes goces. ¿Qué hombre, arrojado a lejanas playas, no tendría prisa de volver a su tierra? ¿Qué navegante, ansioso de ver a su familia, no desearía con anhelo un viento favorable para abrazar cuanto antes a los que ama su alma?

»El cielo es mi patria: los Patriarcas son mis padres. ¿Cómo no he de tener prisa de ver mi país y saludar a mis padres? Espéranme allí multitud de seres queridos. Allá me llama la numerosa reunión de padres, hermanos, amigos, hijos, seguros ya de su inmortalidad, pero todavía solícitos de mi salud. ¡Qué gozo para ellos y para mí volvernos a ver, volvernos a abrazar!

»¡Qué deleites los de aquel reino celestial! No hay allí temor de morir: es eterna la vida. ¡Qué suprema, qué incomprensible felicidad! Allí el coro glorioso de los Apóstoles. Allí la reunión bendita de los Profetas, extasiados de ver lo que anunciaron. Allí la muchedumbre innumerable de los mártires ornando sus sienes con la corona de vencedores. Allí las vírgenes triunfantes, noblemente victoriosas de la carne y los sentidos. Allí los misericordiosos, recompensados de sus obras de caridad; bienaventurados, que fieles a los preceptos del Señor, giraron para la tesorería del cielo su patrimonio terrestre.

»Apresurémonos, hermanos amadísimos, por llegar allá, a fin de que cuanto antes los veamos a ellos y al Señor».[1]

¡Y hace cuatro siglos que se le está repitiendo a Europa que no hay poesía en los Padres de la Iglesia, como se le dice que no hay arquitectura en los siglos cristianos! Tengamos lástima de los que no conservan más que un ojo, dice San Agustín, y agradezcamos al Señor el habernos dejado los dos.

Tenlos muy abiertos para que contemples el

1. S. Cirilo, *De Inmortalit.*

espectáculo que te presentaré en la siguiente carta.

Tu afectísimo...

CARTA DÉCIMAOCTAVA

SUMARIO: Cuarto objeto de nuestra correspondencia: *dar ánimo.* —La tierra de los vivientes. — Lo que es. — Por qué se llama así el cielo. — Hermosa filosofía del Símbolo. — Tres plenitudes de vida: plenitud de universalidad, plenitud de goce, plenitud de duración. — Allí todo vive. —Vive el espíritu: conocimiento del pasado y del presente. — Conocimiento del mundo material y del moral. — Conocimiento instantáneo y sin trabajo. — Goces del espíritu. — En la tierra de los vivientes todo es luz.

QUERIDO AMIGO:

Hemos estudiado el lado triste y el lado serio de la vida. Para acabar de cumplir lo prometido, réstame presentarte el lado consolador. La vida presente tiene de consoladora el ser el precio de la vida verdadera. Dadme un punto de apoyo, decía Arquímedes, y levantaré la tierra. El medio más poderoso de elevar el hombre hacia el cielo es *animarle* a que no se arredre de nada para conquistarlo, es mostrarle la verdadera vida, la vida que le espera al otro lado de la tumba.

Este espectáculo todo se lo hace posible, todo fácil. Cuando una vez lo ha visto, gusta de volverlo a ver. Su gozo es elevarse frecuentemente a la tierra de los vivientes, recorrer familiarmente las plazas de la Jerusalén celeste, visitando a los Patriarcas y a los Profetas, saludando a los Apóstoles, admirando el ejército de los mártires y confesores, contemplando los coros de las vírgenes.

Emprendamos este viaje. Ya sabemos que la muerte no es abrirse un negro precipicio, en el que caemos irremisiblemente después de haber viajado algunos años en este valle de lágrimas. La muerte es una potencia amiga, que viene a tomarnos en sus brazos para transportarnos a la cima del monte de la luz, de la felicidad y la vida. La muerte no es el acabamiento final, sino un comienzo; no es la puesta del sol, sino la aurora. Morir es nacer. Insisto en este pensamiento, que es el más capaz de infundir aliento y el más consolador de todos, así para los que se van, como para los que se quedan.

Morir, pues, no es morir; es cambiar de domicilio. Al dejar el cristiano la tierra, no deja la vida, sino muy al contrario. ¿A dónde va? A la tierra de los vivientes: *In terra viventium.*[1]

1. Salmo CXLI.

¡A la tierra de los vivientes! Toda la poesía, toda la filosofía, toda la retórica de los hombres se eclipsan al lado de esa palabra. No conozco otra más rica, ni que arrebate más. ¿Qué es la tierra de los vivientes? Es el cielo. ¿Por qué el cielo se llama tierra de los vivientes? Por varias razones, igualmente dignas de la bondad y sabiduría de Dios.

La primera. Por oposición a este bajo mundo, llamado con tanta razón valle de lágrimas y tierra de los que mueren: *Vallis lacrymarum et terra morientium.* En efecto, aquí abajo todo muere y nada vive. El cielo, por el contrario, es el país venturoso en que todo vive y nada muere.

La segunda. Porque el hombre, hecho para la vida, la ama con pasión; y como no la encontramos aquí abajo, ha querido Dios excitar en nosotros un deseo ardiente del cielo, designándolo con el nombre bendito de tierra de los vivientes.

La tercera. Para justificar a la Providencia, prometiendo al hombre la satisfacción eterna y superabundante del deseo perenne de vivir que Dios le puso en el corazón.

Por un nuevo rasgo de su paternal ternura, ha querido Dios que esa promesa sea la primera verdad que se enseña al niño, y la que diariamente repiten millones de veces los hombres

de toda edad y de todos los países. Tal es la bella filosofía de nuesto símbolo católico. ¿Has pensado en esto alguna vez? De los doce artículos de que consta, once nos indican el trabajo de la vida temporal y las condiciones de la prueba; el duodécimo marca la recompensa.

Para este trabajo decisivo Dios se asocia con el hombre. El Padre crea los ángeles, el cielo y la tierra, los astros, los animales, las plantas, los metales y todo lo conserva y lo confía al hombre para que se aproveche de ello. El Hijo ennoblece y rescata todas las cosas, vendidas imprudentemente por el hombre al demonio. Para eso baja del cielo, nace, vive, trabaja, sufre, muere, resucita, y, restaurador universal, vuelve a su gloria, donde su amor nos guarda los asientos. El Espíritu Santo viene a completar la obra del Hijo. Desciende al mundo, establece la Iglesia, la gran sociedad depositaria de la vida y de todos los medios de darla, defenderla y perfeccionarla, como son los Sacramentos, el culto público y privado, los templos, las fiestas, las Órdenes religiosas y el sacerdocio entero.

Deber del hombre es explotar esas inmensas riquezas, y lo hace diciendo CREO, y conformando su conducta con su fe. ¿A dónde conduce esa rica explotación? La respuesta está en el último artículo del Símbolo: a la vida; pero a

la vida eterna: *Vitam aeternam.* Detengámonos en esta palabra, y hagamos lo posible por comprenderla.

He dicho que el cielo se llama la tierra de los vivientes, porque allí todo vive, nada muere ni puede morir. ¿Por qué? Porque el cielo es el reino eterno de Dios, que es la vida por esencia. De donde resulta que en la tierra de los vivientes todo es vida, quiero decir, que la vida reina allí en su triple plenitud: plenitud de universalidad, plenitud de goce, plenitud de duración.

Plenitud de universalidad. En el cielo todo vive: vive el espíritu, vive el corazón, vive el cuerpo, viven los cinco sentidos, vive todo el hombre, viven las criaturas.

Vive el espíritu. Como el ojo se ha hecho para ver, el espíritu se ha hecho para conocer: el conocer es su vida. ¿No ves cómo el hombre, por satisfacer esta necesidad perenne de su espíritu, pasa los mejores años de su infancia y juventud en aprender un arte, un oficio o una ciencia? Y más adelante, ¿no le ves rompiéndose los cascos a trueque de perfeccionarse en su profesión, y otras veces emprendiendo largos viajes, cruzando los mares, trepando a las montañas, bajando a las entrañas de la tierra, gastándose antes de tiempo con trabajos o vigilias prolongadas?

¿Y para qué todo esto? Para aumentar la vida de su espíritu con la posesión de alguna nueva verdad, y para reputarse luego dichoso cuando ha logrado entrever, a través de espesos velos, cualquier secreto del mundo físico o del moral.

Sin embargo, ¿qué son todas las verdades que aquí bajo podemos descubrir? Son vestigios del Criador, dice el Príncipe de la Teología: *Vestigia Creatoris.* En la tierra de los vivientes, el espíritu, hecho deiforme, verá sin trabajo, con una simple mirada, no ya algunos rayos de verdad, sino toda la verdad; la verá en lo pasado, en lo presente y en lo porvenir, en el mundo físico y en el moral, cuanto lo necesite para ser feliz; la verá, no como en un espejo, o a través de un velo, sino realmente, cara a cara. Verá, no los vestigios del Creador, sino al Creador mismo, a Dios en persona, y en Dios todas las obras de Dios.

En el orden material veremos las razones íntimas de haber sido creado el mundo; conoceremos la causa de todas esas revoluciones del globo, que asombran y confunden a la ciencia; por qué han desaparecido las especies gigantescas de los reinos animal y vegetal, cuyos restos prodigiosos atestiguan la magnificencia del mundo primitivo.

Conoceremos, no solamente la naturaleza

íntima de los seres materiales, desde el infusorio hasta el elefante, desde el águila que se cierne en las alturas del cielo hasta los monstruos marinos que se ocultan en lo profundo de los mares; sino también la armonía maravillosa que los une en la cadena de los seres, el lugar que cada uno ocupa en el plan de la creación, y las funciones que le están providencialmente señaladas.

Sin necesidad de telescopio gozaremos viendo con toda claridad el firmamento y sus maravillas innumerables. El más humilde entre todos los Santos, más sabio que todos los astrónomos, conocerá, sin estudiar, el número de los astros, su naturaleza, su volumen, las leyes que presiden a sus movimientos y su razón de ser. Estos son, y otros muchos, los secretos del mundo material, que entendiéndolos perfectamente, quedará el espíritu deliciosamente extasiado.

No menos completo, pero más arrebatador, será el conocimiento del mundo moral. Tan deslumbradora es la belleza del ángel, que nuestros ojos no podrían sufrir su brillo, como no pueden fijarse en el disco del sol. Pues con los ojos del espíritu, harto más penetrantes que los del cuerpo, veremos, no un ángel, sino a todos los ángeles y todas las perfecciones de su naturaleza: inmenso y lúcido ejército, cuya magni-

ficencia y admirable orden no pueden compararse a nada de lo que existe sobre la tierra.

Detrás del ángel, la criatura más hermosa es el alma humana. Es la más hermosa, porque, igualmente que el ángel, ha sido hecha a imagen de Dios. Si la belleza del cuerpo, sombra grosera de la verdadera belleza, mueve al corazón más frío, lo apasiona y hace enloquecer, ¿cuál no será el imperio que ejerza la belleza del alma? Pues en la tierra de los vivientes se verán todas las almas que desde el principio del mundo se hayan hecho semejantes a Dios, realizando en sí mismas sus admirables perfecciones.

Las verás, no sólo por fuera, sino que siendo como transparentes, nuestro espíritu las penetrará como el rayo solar penetra el cristal. ¡Qué inefable delicia, ver interiormente el alma de nuestro Señor Jesucristo, el alma de la Santísima Virgen, el alma de Abraham y de los Patriarcas, el alma de los Apóstoles y los mártires, el alma de los grandes solitarios y de las vírgenes, y tantas otras almas, cuyas virtudes heroicas brillarán como otros tantos diamantes en la corona de una reina!

¿Y qué te diré, mi querido amigo, de las vicisitudes del tiempo que el espíritu deificado tendrá siempre presentes y conocerá sus causas y sus efectos? Contínuamente absorto le tendrá

la visión íntima de tantos misterios, cuya profundidad hace ahora inclinar las frentes mejor formadas. Verá la caída de Luzbel y sus causas, la caída de Adán y sus causas, el triunfo momentáneo de los malos y sus razones, las humillaciones y sufrimientos del justo y sus razones.

Sabrá entonces por qué entre tantas naciones escogió Dios por pueblo suyo a los descendientes de Abraham, por más que previó sus continuas rebeldías y sus persecuciones contra los Profetas, y su odio homicida contra su divino Hijo, bajado del cielo para salvarlos. Iniciado en todos los secretos divinos, admirará los medios, hoy desconocidos, por los cuales el Padre de todos los hombres ha procurado en todos los tiempos y lugares al pagano, al bárbaro y al salvaje las luces suficientes para conocer la verdad, las fuerzas necesarias para abrazarla y llegar a la vida de la eternidad. Maravillado de conocer los designios misteriosos de la Providencia, dirá: Señor, vos habéis hecho bien todas las cosas.

¿Qué más añadiré? Tranquilo espectador, el espíritu verá correr por delante de sí el río impetuoso que regocija a la ciudad de Dios[1]. Este

1. Salmo XLV.

río, cuyo manantial está en el paraíso terrenal, cuyo cauce es tan ancho como el mundo, cuyo curso es tan rápido como el torrente que se precipita de la montaña y que desemboca en el gran mar de la eternidad, no significa sino la vida de las naciones y las naciones mismas.

A un golpe de vista el habitante feliz de la tierra de los vivientes abarcará toda la historia del linaje humano en su conjunto y en sus detalles. Tendrá a la vista la elevación y la caída de los imperios, y conocerá sus causas. Verá cómo todas las monarquías del antiguo y del nuevo mundo, a sabiendas o sin saberlo, de buen grado o a pesar suyo, habrán contribuido al establecimiento o conservación del inmortal reino del Redentor. Tal será su éxtasis en vista de tantas verdades, que se moriría de admiración si no estuviera revestido de fuerza sobrehumana.

Una sola palabra te explicará todo lo que pienso. En la tierra de los vivientes todo será luz: luz intelectual y luz física, luz inmensa, luz sin sombra, luz sin intermitencias, luz mil veces más brillante que la del sol y de todos los astros reunidos. El foco de esta luz será el mismo Dios, y nuestro Señor Jesucristo será el potente reflector que la echará a torrentes en toda la extensión de la ciudad bienaventurada.

De manera que en la tierra de los vivientes

habrá plenitud de vida para el espíritu, plenitud instantánea y siempre nueva; pues en este Océano sin fondo y sin orillas de luz y de verdad, el espíritu descubrirá siempre nuevas luces y nuevas verdades, sin que pueda nunca llegar a ver la última: *De claritate in claritatem.*

Y nosotros, que desde la infancia hasta la vejez luchamos con tanto trabajo y tan escaso resultado contra las tinieblas de la ignorancia y del error, ¿no desearemos ir al país de la luz, y seguiremos llorando a los que van delante?

En la carta siguiente hablaremos de la vida del corazón.

Tu afectísimo...